UNA NOVELA DE EDUARDO BARRIOS

Nunca había leído nada de Eduardo Barrios, cuando he aquí que el vigoroso escritor chileno tiene la gentileza de poner su última obra en mis manos. Y con el precedente de saber que se trataba de una novela que en Santiago obtenía, actualmente, el más completo éxito, comencé su lectura.

Por lo general, quién lee un libro sabiéndolo bueno, concluye encontrándolo inferior a lo que se había imaginado. A mí no me ha sucedido esto, No lo he encontrado mejor ni inferior, porque lo he encontrado distinto, con bellezas diferentes, pero con bellezas, siempre, con muchas bellezas.

«Un Perdido», es una obra dolorosa y una obra de estudio psicológico. Puede gustar a muchas personas y aburrir a otras tantas. Es cuestión del grado cultural de los lectores. Yo creo que no es necesario esperar una novela futura para poder afirmar que Eduardo Barrios, no sólo es merecedor a que se le considere uno de los noveladores más fuertes y completos de Sudamérica, sinó también de la península española, puesto que con esta obra, demuestra estar habilitado para resistir una comparación con los buenos novelistas de la generación que se ha dado en llamar del año 98.

El personaje central, Luis Bernales, está tratado con tánta habilidad, posée tánto perfil dentro de la novela, que se sale de sus páginas tal como si fuera el alto relieve de un friso antiguo. Y esto acontece no solamente con la figura principal, pués sucede lo mismo con las del abue-

lo *Papá Juan*, con la de *Luís Bernales*, la *Meche*, el *Teniente Blanco*, *Rosario* y otras. Son muchos los tipos a que Barrios ha dado vida. Ellos pasan por la obra—que es como decir junto al personaje cumbre—con un lineamiento justo, y al ír adquiriendo cada uno su perfil dentro del rol que le está encomendado, le va prestando, al mismo tiempo, un perfil más acentuado a aquel enrededor del cual giran y viven, dejándolo así, cada vez más brillante y más pulido.

Toda la vida de un individuo, desde su nacimiento anormal hasta su madurez, está relatada en estas páginas con proligidad de detalles, con sencillos y hondos comentarios de los fenómenos psicológicos que aparecen en el caracter del mismo. Porque una vida es como un hilo con nudos de trecho en trecho, que son los acontecimientos y problemas que se le presentan al hombre. Los que saben desanudarlos y seguir adelante, triunfan; los que se quedan en el primer nudo, vejetan; y los que por falta de voluntad, siguen, pero sin haberlos desatado, caso este en que se podría incluir al protagonista de la novela, fracasan.

El estudio de psicología que Eduardo Barrios realiza sobre la figura saliente de la obra, tomando a *Lucho* desde su niñez y siguiéndolo en el curso de su vida, caida tras caida, hasta que vencido, se entrega por completo al olvido que produce el alcohol, es dígno de un maestro.

Lucho es un perdido porque es un incomprendido. De haberse hecho comprender por su padre solamente, de no haber tenido tánta timidez, su porvenir hubiera sido otro. Era dueño de algunas aptitudes si no de esas que hacen triunfar plenamente, por lo menos suficientes para sostenerse en ellas y no caer de tal modo, puesto que era bueno, honesto y sensitivo. Pero la vida no le presentó, sinó raras veces, circunstancias apropiadas para que sus dotes, coincidiendo con ellas, fructificaran en bien suyo; y cuando se las presentó, por exceso de timidez las dejó

escapar, y fué cayendo, rodando, *sin desatar los nudos* que le presentaba la existencia, enredándose más cada día en el hilo de su propia desgracia, hasta perderse con el paso inseguro y los ojos brillantes, en la amoralidad de los antros que están al margen de la Sociedad.

Cuando vive con su padre, el Comandante Bernales, en el cuartel de Iquique, tiene la suerte de descubrir que éste lo ama como se ama a un hijo, sin saber que su hijo tiene los mismos sentimientos hacia él, y Lucho siente deseos de echarse en sus brazos. Ya está salvado, lo va a realizar, ha encontrado por fin el puesto de salvación pero cuando llega *el momento* de obrar, ante el semblante adusto y cotidiano del comandante, vacila, y vuelve a triunfar la timidez hasta sobre el amor filial. Luego, encuentra el amor y el sosiego anhelados entre los brazos de una mujer, de una prostituta. Este amor de adolescente le produce unas horas de felicidad, todos los días, durante algún tiempo, pero ella, la pobre *Meche*, adquiere una enfermedad contagiosa y se oculta para siempre.

Lucho ya es un mozo. Ha sufrido mucho, pero le quedan también muchos días para amar de nuevo y seguir siendo juguete de la adversidad. Construye su nido con *Tere*. La Felicidad, durante unos meses le vuelve a sonreir, luego se torna seria, hasta que le hace una mueca horrible. *Tere*, descaradamente, lo engaña con uno de sus amigos y desaparece. Ya ha cumplido su rol. Entonces Lucho se deja ir por el cuesta abajo, y desciende hasta los últimos escalones, perdiéndose de vista.

Tal es, comentada a grandes rasgos, la vida de Lucho, arrancado a la realidad cotidiana y enderedor del cual, Eduardo Barrios ha hecho desfilar una infinidad de personajes interesantes, en ambientes distintos y pintorescos, que dan a la obra una consistencia e importancia sociológica muy pocas veces alcanzada en otros libros sudamericanos de que yo tenga conocimiento.

Y para contraste, junto a este caracter de niño tímido y apocado, que días antes del baile de máscaras a que va a asistir se sabe de memoria las bromas que va a dar, lo que le dirá a aquellos, a estos chicos como él, para avergonzarse por completo en el momento de la fiesta, en la cual todos se divierten menos el pobre tímido, el escritor chileno ha puesto, para guiar sus pasos infantiles, el temperamento buenísimo, sabio y pleno de fuerza filosófica del abuelo *Papá Juan*, que en el ocaso de su vida, hace, dentro de sí mismo, una cosecha de bríos juveniles—reales o irreales—pero que le prestan fuerzas para comenzar a reconstruir su fortuna perdida, hasta que la Muerte lo separa del escenario con mano brutal.

Toda la psicología de Lucho está en germen en esta página del baile infantil, maravillosamente descrita y sentida; como todo el temperamento del abuelo, está, en extracto, en este último y hermoso gesto de su vida, de una enseñanza, de una elocuencia extraordinaria.

Si uno de los méritos de Barrios estriba en la correcta pintura de sus *tipos*, otro mérito dígno de tenerse presente es el modo natural con que los maneja, dentro del ambiente real y contemporáneo que les va creando a cada uno, factor éste que viene a demostrar el acabado conocimiento que de la técnica posee el escritor.

Aparte de esta apreciación, no quiero pasar por alto otra de las observaciones importantes que este libro me sugiere. Tiene que saber mucho de psicología femenina y de las costumbres de una clase social en cuyos laberintos muchos se pierden, quien como el autor de «Un Perdido», describe con tal acierto y pluma veraz, el cuadro al margen del cual tiene lugar la escena entre Lucho y Ana, mujer de vida galante, quien por ser amiga de la Meche y de Lucho mismo, aún cuando esta ha desaparecido de Iquique y mucho del pensamiento de aquel, le guarda fidelidad hasta en momentos en que no tendría

porqué, dada su ausencia y estando ellos bajo la influencia de los licores y de la orgía.

Es curioso—a veces—considerar el Honor y la Virtud entre estas mujeres. Barrios ha demostrado saber hasta donde se estiran, en su elasticidad, estas palabras, entre la aludida clase social.

Y así, tienen un lugar señalado los ambientes más antagónicos, en la novela que me ocupa; desde el aristocrático en que vive Blanca, y al que Lucho no se pudo adaptar, hasta el ambiente de burdel donde encontró un corazón de mujer puro y amoroso, en el pecho de la buena *Meche*, y un gesto de fidelidad y delicadeza *en el de su amiga Ana.*

Para concluir estas impresiones, quiero agregar que el protagonista central de «Un Perdido«, *entra* tánto en el espíritu del lector, y éste se interesa de tal modo en sus vicisitudes, que al considerar el cúmulo de desventuras que pesan sobre él, sin que una vez siquiera la Fortuna le sea propicia, se sienten deseos de arrojar el libro al impulso de la más justa protesta.

Pero aunque Barrios haya sido *demasiado cruel* con su hijo intelectual, ello no puede considerarse como un defecto, a mi modo de ver.

En resumen, esta obra merece que hacia ella se dirijan los ojos de todos aquellos que se interesen porque nuestra joven América cuente con una literatura propia.

FERNAN SILVA VALDES.